



XXV.

ESTRENO DE «REVUELTA.»

Va á empezar el primer acto. Este grito que da el segundo apunte, haciendo bocina de las manos, al pié de la escalera de los artistas, se cuele por su alta caja, sube, retumba, se pierde por el fondo de los pasillos llenos de ruidos de puertas batientes, de pasos acele-

rados, de desesperados llamamientos al peluquero, á la camarera, mientras que por las mesetas de los diversos pisos van apareciendo sucesivamente, lentos y majestuosos, alta la cabeza para no descomponer el más leve detalle de su atavío, todos los personajes del primer acto de *Revuelta*, en traje de baile moderno y elegante, crujidos de zapatos nuevos, sedoso roce de colas y el choque metálico de los ricos brazaletes removidos para abotonar. Todos parecen como afectados, nerviosos, asoma la palidez bajo el colorette, y por el aterciopelado cuidadosamente compuesto de los hombros cubiertos de una capa de albayalde ondulan calofríos como las aguas del moaré. Se habla apenas, las bocas están secas. Sonríen afectadamente los más animosos, pero en los ojos, en la voz, muestran la vacilación de la idea fija, esa aprensión de la batalla á la luz de las candilejas que constituye uno de los alicientes más poderosos del oficio de actor, su sal y su pimienta.

En el escenario, obstruido por el ir y venir de los maquinistas, de los mozos que se empujan y reempujan á la nívea luz templada de las bambalinas que dentro de un momento, al levantarse el telón, cederá al brillante resplandor de la sala, Cardailhac, de frac y corbata blanca, con el sombrero ladeado á lo mata-siete, dirige la última mirada á la instalación de las decoraciones. Da prisa á los trabajadores, manda un cumplido á la dama joven ya compuesta, tarareando, radiante de placer, de satisfacción. Nadie sospechara, al verle, las terribles preocupaciones que le agitan. Envuelto como tantos otros en la ruina del Nabab, que se ha sorbido su comandita, juega su última carta en el drama de esta noche, sin más recurso, si hace fiasco, que quedar á deber aquellas decoraciones maravillosas, aquellas estofas á cien francos el metro. Será la quiebra número cuatro. Pero ¡bah! nuestro empresario tiene confianza. El éxito, como buen monstruo devorador de hombres, siente simpatía por la juventud, y ese autor desconocido, inscrito por vez primera en los carteles, halaga las supersticiones del jugador.

No está tan tranquilo Andrés Maranne. Á medida que se acerca la representación, pierde la fe en su obra, aterrado por el aspecto de la sala la cual mira por el agujero del telón como por estrecho cristal de estereóscopo.

Una sala espléndida, llena hasta el techo, á pesar de lo adelantado de la primavera y de la afición del gran mundo á anticipar el verano; una sala que Cardailhac, enemigo declarado del campo y de la naturaleza y no perdonando medio para retener en París, todo el tiempo posible á los parisenses, ha conseguido llenar por completo de una concurrencia tan brillante como en pleno invierno. Un hormiguo, bajo la araña central de mil quinientas cabezas, altas, inclinadas, vueltas, interrogadoras, vivificadas por las sombras y los reflejos, agrupadas unas en masas confusas por los oscuros rincones de la achátada galería, iluminadas otras vivamente, al través de las puertas abiertas de los palcos, por la reverberación de los blancos muros del corredor, público de los estrenos, el mismo siempre, ese maldito todo París que va á todas partes, ganando por asalto tan codiciados puestos cuando no se los dan de balde el favor ó un título oficial cualquiera.

En la orquesta, la crema de los elegantes, los clubs, calvas lucientes, crenchas espaciosas que dividen cabelleras despo-bladas, guantes claros, gruesos gemelos en batería. En la platea, mescolanza de tocados y de clases sociales, todos los nombres conocidos, de esta especie de solemnidades, y la indiscreta promiscuidad que coloca la reservada y púdica sonrisa de la mujer honesta al lado de los ojos encendidos por el kohl, de los labios pintados de bermellón de la que no lo es. Sombreros blancos, sombreros rosa, diamantes y afeites. En la parte superior, ofrecen los palcos idéntica confusión: actrices y mujeres públicas, ministros, embajadores, autores de fama, críticos, éstos con aire de gravedad, ceño fruncido, arrellanados de través en su sillón con la impasible prosopopeya de jueces inaccesibles al soborno. Sobre el conjunto brillan en primer término los proscenios ocupados por celebridades de la alta banca, escotadas las señoras y luciendo los brazos, deslumbrantes de pedrería como la reina de Sabá en su visita al rey de los judíos. Sólo uno de aquellos espaciosos palcos, uno de los de la izquierda, aparece desocupado por completo, llamando la atención por su extraño decorado y por la lámpara morisca, colgada en el fondo, que lo alumbraba. Sobre la asamblea entera un polvillo impalpable y flotante, el parpadeo del gas, su olor, inseparable compañero de todos los placeres parisenses, sus susurros breves y estridentes como

una respiración tísica acompañando el juego de los abanicos desplegados. Y con todo ello, el hastío, un hastío ceñudo, el hastío de ver las caras de siempre en los sitios de siempre, con sus defectos ó su sempiterno empaque, esa uniformidad de las reuniones del gran mundo que acaba por instalar en París durante cada invierno una provincia maldiciente, chismosa y más cursi todavía que la provincia misma.

Maranne observaba aquella displicencia, aquel aburrimiento del público, y pensó en el cambio profundo que en su modesta existencia hecha toda de esperanzas podía producir el triunfo de su obra, preguntábase con mortal congoja cómo lograría infiltrar su pensamiento en el de aquella infinidad de personas, dominar, establecer entre aquella masa de gente una corriente única que le atrajese todas aquellas miradas distraídas, aquellas inteligencias arregladas á diversas escalas musicales, tan difíciles de reducir al unísono. Instintivamente buscaba caras amigas, un palco de frente ocupado por la familia Joyeuse: Elisa y las pequeñas sentadas en la delantera, en segundo término Alina y el padre, adorable grupo de familia como un ramo bañado de rocío en un aparador de flores artificiales. Y mientras todo París se preguntaba desdenosamente: ¿Quiénes son esos? el poeta ponía su suerte en aquellas breves manos de hadas que estrenaban guantes y que dentro de poco darían atrevidamente la señal de los aplausos.

— ¡ Afuera todo el mundo !

Maranne no tiene tiempo más que para refugiarse detrás de un bastidor, y de pronto oye lejos, muy lejos, las primeras palabras de su obra que hienden, tímida bandada de pajarillos, el silencio y la inmensidad de la sala. ¡ Momento terrible ! ¿ Á dónde ir ? ¿ Qué hacer ? ¿ Permanecer allí pegado al bastidor, aguzada la oreja, el alma en un hilo ; animar á los actores, él que tanto necesita que le animen ? Mejor será mirar el peligro cara á cara ; y por la puertecilla que da al corredor de los palcos se desliza hasta una bañera la cual se hace abrir poco á poco. « Chit... soy yo... » Alguien hay sentado en la sombra, una mujer á quien todo París conoce y que se oculta. Andrés se coloca á su lado, y bien juntos, invisibles á todo el mundo, la madre y el hijo asisten temblando á la representación.

La primera impresión del público fué de estupor. Aquel teatro de Novedades, situado en el punto más céntrico del bulevar en el cual brilla su frontis hecho una ascua de luz, entre dos grandes restaurantes y los casinos de buen tono; aquel teatro al cual se iba en comitiva, después de una comilona de bureo, á aguardar la hora de la cena viendo uno ó dos actos de alguna producción escabrosa, se había vuelto, en manos de su listo empresario, el más llamativo de todos los coliseos parisienses, sin género bien determinado y abordando en todos, desde la opereta de gran espectáculo que desnuda á las mujeres, hasta el gran drama moderno que escota nuestras costumbres. Cardailhac ponía especial empeño en justificar su título de «empresario de Novedades», y desde que sostenían la empresa los millones del Nabab, esmerábase en dar á los aficionados las sorpresas más peregrinas. La de esta noche las sobrepujaba á todas: la obra era en verso y honesta.

— ¡Una obra honesta!

Había comprendido el muy cuco que era llegada la ocasión de tentar aquel golpe, y lo tentaba. Pasado el asombro de los primeros minutos, después de algunas exclamaciones apesaradas en los palcos:

— ¡Toma! y está escrita en verso...

La sala comenzó á sentir el hechizo de aquella obra viril y sana, cual si hubiese sacudido sobre ella, en su enrarecida atmósfera, alguna esencia fresca y excitante, un elixir de vida perfumado en los tomillares montañeses.

— Muy bien, muy bien... esto levanta el ánimo.

Tal era el clamor general, un respiro desahogado, una expansión de bienestar á cada verso. Esto levantaba el ánimo del panzudo Hemerlingue que bufaba en su proscenio bajo como en una artesa de raso color de guinda. Esto levantaba el ánimo de la corpulenta Susana Bloch, prendida á la antigua, con una diadema de oro que dejaba escapar los rizillos de su cabellera; y cerca de ella, Amy Ferat, vestida de blanco como una novia, con sus hojillas de azahar, sentíase también con el ánimo levantado.

Había allí una porción de muchachas, algunas sumamente gordas, con esa pringosa gordura cebada en todos los serrillos, tres pisos de papada y aire estúpido; otras completa-

mente verdes á pesar del colorete, cual si las hubiesen metido en un baño de ese arseniato de cobre que el comercio denomina *verde de París*, arrugadas, ajadas de tal modo que procuraban esconderse en el fondo de sus palcos dejando ver tan sólo un extremo de brazo blanco con un hombro, redondo todavía, que salía fuera del antepecho. En punto á hombres menudeaban esos tipos fofos, deslomados, embrutecidos, desnucados, de labios colgantes, incapaces de mantenerse firmes ó de articular una palabra entera. Y toda esa gente exclamaba en coro:

— Muy bien... esto levanta el ánimo...

Murmurábalo á su vez el pollo Moëssard, como un gorjeo debajo de su rubio bigote, á tiempo que su reina, en la delantera de su palco de primer piso, lo producía asimismo á la barbarie de su idioma extranjero. Positivamente esto les levantaba el ánimo. ¿Cuál sería la tarea, la ocupación forzosa de ociosos ó de inútiles que hasta tal punto se lo rendiría?

Todos aquellos murmullos benévolo, unidos, confundidos, empezaban á dar á la sala esa fisonomía especial de las grandes noches. Respirábase el éxito, los semblantes radiaban, las mujeres parecían como embellecidas por reflejos de entusiasmo, por miradas excitantes como bravos. Andrés, al lado de su madre, sentíase agitado por un placer desconocido, por esa orgullosa satisfacción que se experimenta cuando se alcanza á conmover á las multitudes, siquiera sean éstas las de un cafetín de arrabal, y brote el entusiasmo al calor de una canción patriótica y de un par de notas vibrantes en la voz de quien las entusiasma. De pronto redoblaron los cuchicheos, llegando á convertirse en tumulto. Movimiento general acompañado de gruñidos de indignación. ¿Qué ocurría? ¿Algún accidente en las tablas? Andrés se inclinaba azorado hacia los actores tan azorados como él mismo, cuando observó que todos los anteojos apuntaban en dirección al gran palco de proscenio vacío hasta entonces y en el cual acababa de entrar alguien, y de sentarse, apoyados entrambos codos en el antepecho de terciopelo, fuera de su funda los gemelos, instalado en siniestra soledad.

En diez días había el Nabab envejecido por diez años. Esos fogosos temperamentos meridionales son tan ricos en explosiones, en llamaradas irresistibles, como prontos á postrarse,

á extinguirse por entero. Desde su invalidación, habíase el infeliz encerrado en su cuarto, corridas las cortinas, negándose aun á ver la luz del sol y á traspasar aquel dintel más allá del cual le aguardaba la vida, con las promesas pendientes, con un maremagnum de protestas y de citaciones á juicio.

La Levantina, indiferente de todo punto á la ruina de la casa, había salido á baños con su frotador y sus negritas; Bompain — el sugeto del fez — andaba azorado por las peticiones de dinero, sin saber de qué modo entrar en relaciones con su desventurado principal metido en cama todo el día, volviéndose de cara á la pared en cuanto se le hablaba de negocios; sólo había quedado allí la anciana madre, haciendo frente al desastre con sus conocimientos limitados cuanto íntegros de viuda de alcaide que ignora lo que es una firma y lo que un papel sellado, y tiene el honor por lo primero en el mundo. Por todos los pisos del palacio asomaba su amarillenta cofia, revisando las facturas, reformando el servicio, sin temor ni á gritos ni á humillaciones. Á todas horas del día se veía á la buena mujer cruzando la plaza Vendôme á largas zancadas, gesticulando, hablando consigo misma, diciendo en alta voz: «Vamos á ver al escribano.» No consultaba á su hijo más que en las ocasiones indispensables, en una palabra discreta y breve, evitando aun el mirarle. Para sacar á Jansoulet de su aletargamiento había sido menester un telegrama de De Géry, fechado en Marsella, anunciando que llegaba con diez millones. Diez millones, esto es: la quiebra evitada, la posibilidad de rehacerse, de volver á empezar la vida. Y aquí de nuestro meridional rebotando del fondo de su caída, ebrio de gozo y lleno de esperanzas. Hizo abrir las ventanas, traer periódicos. ¡Qué magnífica ocasión la del estreno de *Revuelta* para presentarse otra vez á los parisienses que le creían á fondo, para meterse de nuevo en el gran torbellino por la puerta de su palco de Novedades! La madre, llevada de ese instinto especial de las madres, procuró disuadirle. Hubiera preferido llevarse á su hijo á algún rincón ignorado del Mediodía, cuidarle al propio tiempo que al mayor, enfermos ambos de la gran capital. Pero el amo era él. No había medio de resistir á la voluntad de aquel hombre mal criado por la riqueza. Ayudóle á vestirse. «Le puso majo», como decía ella riendo y le vió salir no sin cierto orgullo,

soberbio, resucitado, repuesto casi por entero del abatimiento de los días anteriores...

Al llegar al teatro, no tardó Jansoulet en observar los murmullos que producía su presencia en la sala. Acostumbrado á aquellas ovaciones curiosas, solía responder á ellas sin la más leve turbación, con toda la amplitud de su benévola sonrisa; esta vez, empero, la manifestación era hostil, casi indignada.

—¿Cómo... es él?

—Mírale.

—¡Cuánto cinismo!

Desde la orquesta subían hacia él exclamaciones como estas, con otras que no podía entender del todo. La sombra, el retiro en que se mantuviera refugiado durante los días anteriores, hacían que ignorase la exasperación pública que había en contra de él; las homilias, los ditirambos de que andaban llenos los periódicos sobre su fortuna corruptora, artículos de efecto, hipócrita fraseología, con la cual la opinión se vengaba de vez en cuando con los inocentes de sus propias concesiones á los culpables. La decepción fué tremenda para él, más apenado sin embargo que encolerizado. Conmovido por todo extremo, ocultaba su confusión al abrigo de sus gemelos, fijándose en los detalles más nimios de la escena, puesto de lado al público, pero no logrando sustraerse á la escandalosa observación de que era víctima y que hacía zumbiar sus oídos, latir sus sienes, llenarse los cristales de sus anteojos de esos círculos multicolores en que da vueltas el primer extravío de las congestiones cerebrales.

Corrido el telón, terminado el acto, manteníase en aquella postura de turbación, de inmovilidad; pero los cuchicheos más perceptibles, no acallados ya por el diálogo escénico, el encarnizamiento de algunos curiosos que para verle mejor mudaban de sitio, obligábanle á salir de su palco, á precipitarse á los corredores como fiera que huye de la arena al través del circo. Bajo el techo aplanado, en el angosto pasillo circular de los corredores del teatro, veíase envuelto en una masa compacta de pollos, periodistas, señoras con sombrero, sin él, riendo por oficio, reclinadas las espaldas en la pared, echando boca arriba sus risas estúpidas. De los palcos abiertos y que probaban á respirar el aire gruñidor y clamoroso de aquel recinto, salían frases sueltas, mezcladas, truncadas.

- Una obra deliciosa... Vive, vive... Honesta sobre todo.  
 —Qué desvergüenza... el Nabab.  
 —Sí, de veras, levanta el ánimo... uno se siente mejor...  
 —¿Pues no le han puesto preso todavía?  
 —Dicen que es muy joven... Es su primera obra.  
 —¡Bois-l'Héry en Mazás! No es posible... Si ahí, frente á nosotros, está la marquesa con un sombrero nuevo.  
 —¿Y qué?... Háble de su oficio de figurín... Y es bonito el sombrero... color de caballo de Desgranges.  
 —¿Y Jenkins? ¿qué se ha hecho de él?  
 —En Túnez con Felicia... Brahim les ha visto juntos... Parece que el Bey se decide á curarse con las perlas...  
 —No le arriendo la ganancia...  
 —Más lejos, unas dulces voces murmuraban:  
 —Pero, papá, vé á saludarle... Mira el pobre cuán solo está.  
 —Pero, hijas, si yo no le conozco.  
 —¡Y qué! saludale y nada más... Algo que le pruebe que no está abandonado del todo.

Al punto un caballero anciano, encendido el rostro, de corbata blanca, se encaraba con el Nabab y se le quitaba el sombrero en un profundo saludo respetuoso. ¡Qué reconocimiento, qué sonrisa más amable la que contestó á ese único saludo, ese saludo de un hombre á quien Jansoulet ni conocía ni había visto siquiera, y quien sin embargo pesaba de tal suerte en su destino como que, á no ser por papá Joyeuse, probablemente el presidente de la *Territorial* hubiera corrido igual suerte que el marqués de Bois-l'Héry. Así es como en el enmarañado engranaje de la sociedad moderna, en ese inextricable entretejido de intereses, de ambiciones, de servicios aceptados y correspondidos, comunicanse entre sí las capas todas, unidas misteriosamente por debajo, desde las existencias más encumbradas hasta las más humildes: por donde se explica la mescolanza de colores, la complicación de todo estudio de costumbres, la confluencia de los hilos sueltos con los cuales el escritor, celoso de la verdad, se ve obligado á tejer la trama de su obra.

Las miradas al aire como sin dirección, el paseo que se desviaba sin objeto, el sombrero calado bruscamente hasta las cejas, en diez minutos el Nabab hubo de sufrir las manifesta-

ciones todas de ese terrible ostracismo de la sociedad parisiense, en la cual no tenía ni parientes ni relaciones formales, y cuyo desprecio le aislaba más profundamente de lo que aísla el respeto á un soberano en visita. Tambaleábase de vergüenza, de turbación. Hubo quien dijo en alta voz: «Está bebido...» y al pobre hombre no le quedó otro recurso que meterse otra vez, encerrarse en el antepalco. Generalmente, durante los entre actos, aquel saloncito se llenaba de bolsistas, de periodistas. Reíase, fumábase, se armaba un gran jolgorio: el empresario iba á saludar á su consocio. Aquella noche, nadie. Y la abstención de Cardanac, aquel perdiguero del éxito, daba á Jansoulet la medida exacta de su descrédito.

—¿Pero qué es lo que les he hecho? ¿Por qué París se vuelve contra mí?

Tales eran las preguntas que á sí propio se dirigía en una soledad que acentuaban los ruidos vecinos, las llaves que se metían bruscamente en las cerraduras de los palcos contiguos, las mil exclamaciones de una multitud que se divierte. Luego, de pronto, lo llamante del lujo que le circuía, la linterna sedera del diván y de las paredes, traían á su memoria la fecha de su llegada. ¡Seis meses!... ¡Sólo hacía seis meses que estaba en París!... Consumido, devorado todo en solos seis meses!... Sumióse en una especie de embotamiento de que le sacaron los aplausos, los bravos entusiastas. Decididamente *Reuelta* iba á ser un éxito en forma. Habíase llegado por fin á los pasajes de fuerza, de sátira: y las tiradas virulentas, algo enfáticas acaso pero vivificadas por un soplo de juventud, de sinceridad, hacían vibrar los corazones todos preparados por las efusiones idílicas del principio. Jansoulet á su vez quiso oír, quiso ver. Al fin y al cabo el teatro era suyo. Su asiento en aquel proscenio le costaba más de un millón: bien valía la pena de ocuparlo.

Hétele sentado otra vez al antepecho de su palco. En la sala un calor bochornoso, sofocante, removido, mas no disipado, por los abanicos anhelantes que ponían en movimiento reflejos y chispas con todos los alientos impalpables del silencio. Todo el mundo paraba oídos con religiosa atención á una réplica indignada y avasalladora contra esos bandidos infames, tan abundantes en aquella época, que ostentaban con orgullosa

jactancia á la luz del sol y á los ojos de sus propias víctimas, el fruto de sus traicioneras expoliaciones nocturnas. No era en el Nabab en quien pensaba Maranne al escribir aquellos magníficos versos. Pero el público vió una alusión á él: y mientras acogía el final de la tirada una triple salva de aplausos, volvíanse las cabezas todas en un impulso indignado, francamente injurioso, hacia el proscenio de la izquierda. Pobre Nabab... puesto á la argolla en su propio teatro. ¡Una argolla que tan cara le costaba! Aquella vez ya ni pensó en sustraerse á la afrenta, antes se encaró resueltamente con el público, cruzando los brazos y sosteniendo á pié firme la mirada de la multitud, aquellos centenares de rostros levantados y gruñentes, aquel virtuoso todo París que después de haberle explotado indignamente, le echaba á puntapiés cargando sobre sus espaldas sus propios crímenes.

¡Valiente sociedad aquella para llevar á cabo una manifestación semejante! Al frente un palco de banqueros quebrados: en primera fila, uno al lado de otro, la mujer y el amante; el marido en la sombra, eclipsado y grave. Al lado, el trío frecuente de la madre que ha casado á su hija según su propio corazón y para hacer su gobierno del hombre á quien amaba. Matrimonios de contrabando, coquetas ostentando el precio de su vergüenza, diamantes en aros de fuego pegados al rededor de cuellos y brazos como collares de perro, atiborrándose de dulces que engullían brutalmente, bestialmente, porque saben que la animalidad de la mujer es lo que gusta á los que la pagan. Y esos grupos de pollos hembras, con el cuello escotado, pintadas las cejas, cuyas camisas de batista bordadas y corsés de raso blanco eran la admiración de los necios en Compiègne, en los cuartos de los invitados: esos maricas de la época de Agripa que se llamaban entre sí: «corazoncito mío... querida mía...» Todos los escándalos, las concupiscencias todas, conciencias vendidas ó en venta, el vicio de un período sin grandeza, sin originalidad, parodia viviente de todos los restantes y arrojando á Bullier á aquella duquesa, esposa de un ministro, rival de las más cínicas soberanas del mundo de lo soez. Y era toda aquella gente la que le rechazaba, la que vociferaba: «Fuera... no eres digno de estar entre nosotros...»

— ¡Yo, indigno! Si valgo mil veces más que todos vos-

otros juntos, miserables. ¿Me echáis en cara mis millones? ¿Pues quién, sino vosotros, me ha ayudado á devorarlos? Tú, traidor y cobarde compañero, que escondes en un rincón de tu proscenio tu obesidad de baja enfermedad. Yo fui quien hice tu fortuna con la mía en aquellos tiempos en que lo partíamos todo como dos hermanos. Tú, marqués descolorido, cien mil francos pagué por tí en el casino para que no te echaran de él vergonzosamente... Te he cubierto de joyas, ramera infame, haciéndote pasar por querida mía, porque esto es de tono en nuestra esfera, pero sin pedirte jamás compensación alguna... Y tú, periodista sin pudor, que tienes por cerebro la lana toda del tintero con que escribes, y tantas pústulas en tu conciencia como en su piel la reina que explota, tú crees que no te he pagado en lo que vales y de ahí te insultos... Sí, sí, miradme, canallas... Soy orgulloso... Valgo más que todos vosotros...

Acaso todo esto que decía mentalmente, en un delirio de cólera, visible en el temblor de sus bellos labios cárdenos, acaso el infeliz, á cuya cabeza se le subía la locura, iba á soltarlo á voz en grito rompiendo el silencio de la sala, acaso iba á denostar á toda aquella multitud insultante, ¿quién sabe? acaso á saltar en medio de ella, á matar al primero que cogiese entre manos, sí, á matarle, cuando sintió que le tocaban ligeramente por la espalda; y apareciósele una cabeza rubia, formal y expansiva, dos manos que se tendían hacia él, las cuales agarró convulsivamente, como quien se ahoga...

— ¡Ah! amigo... amigo... balbuceó el pobre hombre. Pero no tuvo fuerzas para decir más. Aquella dulce emoción sobrevenida en el paroxismo de su furor se le derritió en un sollozo de lágrimas, de sangre, de palabras entrecortadas. Su rostro se puso amoratado. Hizo una seña: «Llebadme á casa...» Y tambaleándose, apoyado en el brazo de Géry, no pudo hacer más que trasponer el dintel de su palco para ir á caer en el pasillo.

— ¡Bravo! ¡bravo! vociferaba la sala á la tirada del actor; y sonaba un estrépito como de granizo, de pataleo entusiasmado, al tiempo que el cuerpo sin vida, penosamente sostenido por los maquinistas, atravesaba los radiantes bastidores atestados de curiosos que se agolpaban al rededor del escenario excitados por el éxito, y que apenas notaron el paso de

aquel vencido inerte, llevado en brazos como una víctima de motín. Tendiéronle encima de un canapé en el almacén de accesorios, Pablo de Géry, á su lado con un médico, y dos mozos que iban y venían por lo necesario. Cardailhac, atareado con su obra, había prometido que iría á saber noticias «en seguida, después del quinto acto...»

Sangría tras sangría, ventosas, sinapismos, nada bastaba á despertar el más leve estremecimiento en la epidermis del enfermo insensible á todos los remedios usuales para los ataques de apoplejía. La laxitud de todo su sér parecía que lo cediese ya á la muerte, que lo preparase para las rigideces del cadáver, y todo ello, en el lugar más siniestro del mundo, el caos, alumbrado por una linterna sorda, donde yacen tirados á baratillo los desperdicios todos de las obras representadas, muebles rotados, cortinajes de lucientes rapacejos, carrozas, arcaes para caudales, mesa de juego, escaleras y rampas desmontadas, entre cuerdas, garruchas, un revoltijo de accesorios de teatro inservibles, rotos, maltruchos, averiados. Bernardo Jansoulet, tendido en medio de aquellos deshechos, rasgada la camisa en el pecho, ensangrentado y lívido á un tiempo, era realmente un naufrago de la vida, arrugado y arrojado á la costa con los lamentables restos de su trabajo artificial dispersado y molido por el torbellino parisiense. Pablo, herido en el corazón, contemplaba tristemente aquel espectáculo, aquella faz de nariz corta, que conservaba en su inercia la expresión colérica y bonachona de un sér inofensivo que ha querido defenderse antes de morir, pero que no ha tenido tiempo para morder. Pablo se echaba en cara su impotencia para servirle eficazmente. ¿Qué se había hecho de aquel magnífico proyecto de guiarle á través de las quebraduras, de guardarle de las emboscadas? Lo único que había logrado conseguir era salvarle unos cuantos millones, y aun estos llegaban tarde.

Acababan de abrir las ventanas que daban al bulévar, en plena agitación radiante y ruidosa. Ceñíase el teatro con un cinturón de gas, una zona de fuego que ensombrecía los fondos salpicados de linternas que cruzaban como estrellas por el firmamento oscuro. Había acabado la función. Salía la gente. La multitud negra y apretada por las escalinatas desparramábase por las blancas aceras, marchando á difundir

por la capital el estrépito de un éxito extraordinario y el nombre de un desconocido triunfante y célebre mañana. Noche admirable que encendía los cristales de los bulliciosos restaurantes, y hacía circular por las calles filas de carruajes retrasados. Aquel tumulto de fiesta tan querido del Nabab, que tan bien sentaba al aturdimiento de su existencia, le reanimó por un instante. Movieronse sus labios, y sus ojos abiertos, vueltos á de Géry, volvieron á encontrar, antes de morir, una expresión adolorida, suplicante y rebelada, cual si quisiesen tomarle por testigo de una de las más grandes, de una de las más crueles injusticias que ha cometido París desde que es París.

